

## Los límites del poder bajo el Frente Nacional

*Jorge Orlando Melo*

Sería injusto negar que buena parte del objetivo básico del extraño sistema que se instauró con el Frente Nacional se ha logrado en este tiempo. Ha sido posible mantener en funcionamiento un aparato legal liberal, a pesar de las múltiples dificultades que han amenazado—y que amenazan—el equilibrio político. Basta tener en cuenta la evolución de otros países de América Latina para recordar que, en estas dos décadas, las soluciones no liberales—militares o socialistas—han encontrado un favor creciente en los países subdesarrollados. Desde ese punto de vista, se puede sostener que los dirigentes del Frente Nacional han tenido éxito.

Todo ello a pesar de que el mantenimiento de un orden legal liberal haya tenido que garantizarse a costa de una elevada participación militar en el orden público, y a pesar de que haya sido necesario recurrir frecuentemente al Estado de Sitio para garantizar un mínimo de orden político. En el primer artículo que escribí sobre el Frente Nacional—hace más de treinta años—discutía éstos y otros asuntos que incluían la dificultad del reformismo; la parálisis que generó el régimen y que entorpeció el desarrollo de proyectos de transformación social de algún impacto; el efecto sobre los partidos—su división y fragmentación—; la pérdida de la capacidad de los grupos políticos para movilizar el voto; y la historia de los partidos, entre otros.

En otro texto, el que hablaba sobre Lleras, sostuve que su gran triunfo fue hacer que Colombia volviera a funcionar como democracia, dentro de las restricciones establecidas por el pacto. Hay que recordar que los niveles de violencia cayeron bruscamente: desde 1947 hasta 2009, los dos años con índices de violencia más bajos en la historia de Colombia fueron 1969 y 1970, con unos niveles comparativos de tranquilidad que no hemos vuelto a recuperar. También hubo mejorías sustanciales en algunos indicadores sociales: mejoró la esperanza de vida, el cubrimiento educativo y la mortalidad infantil; las mujeres se emanciparon y la tasa de natalidad bajó. Durante el Frente Nacional el país, sin duda, cambió mucho. Y cambió de forma positiva. El arreglo que lo originó era inevitable, necesario y, en cierto modo, exitoso.

Del mismo modo, se presentaron dificultades para adaptarse a los cambios que se iban dando en el país. En cierto sentido, era posible sostener que el arreglo institucional creó una especie de bloqueo en las estructuras políticas en un momento en el que las estructuras sociales y económicas estaban transformándose rápidamente. Ese desajuste tuvo mucho que ver con la incapacidad de tener un Estado que operara eficientemente en algunos sectores críticos de la vida social o económica.

Como dije, llevo años escribiendo sobre el Frente Nacional. Mi vida de adulto empezó en ese periodo. Cuando entré a la Universidad Nacional a estudiar filosofía el presidente era Alberto Lleras; en las primeras elecciones en las que tuve derecho al voto fue en las que salió elegido Guillermo León Valencia. Sin embargo, durante los diez y seis años del Frente Nacional nunca voté. Y no lo hice porque según las normas constitucionales, yo no tenía derechos políticos; no era liberal ni conservador. Eso me permitió tener la experiencia curiosa—que teníamos muchos en Colombia—de vivir en un país que era democracia liberal, en la que se respetaban muchos derechos civiles, pero en la que personas como yo, no teníamos derechos políticos.

Yo no podía ocupar cargos públicos y no podía ser elegido, de manera que me refugié en el único espacio en el que la filiación política no importaba: la universidad. Diez y seis años después, el efecto del Frente Nacional sobre el clima de la universidad pública era tal que era mal visto decir que se pertenecía a alguno de los partidos tradicionales: los estudiantes liberales y conservadores eran un poco clandestinos, casi parias. Grupos grandes de estudiantes y profesores se fueron radicalizando y creo que ello tiene que ver con el problema de si existe alguna relación entre el Frente Nacional y el surgimiento de la guerrilla.

Personalmente, considero que no tuvo mucho que ver desde el punto de vista sociológico, nacional. La inmensa mayoría del país era liberal o conservadora, de modo que el hecho de haber privado de algunos derechos políticos a un grupo pequeño no tenía por qué producir la violencia política armada. Es posible que el cambio social tan rápido tuviera algo que ver con un clima de insatisfacción: sabemos por los estudios históricos que las revoluciones no ocurren en las épocas de estancamiento ni en los sitios más pobres sino en los momentos y en las regiones donde se están dando cambios y progresos. Pero la guerrilla no es el resultado de grandes fuerzas sociales, como creen ingenuamente sus dirigentes y como a veces parecen creerlo los científicos sociales que tratan de explicarlas a partir de los procesos sociales o económicos principales del país. La guerrilla surge en ambientes reducidos, y no requiere el apoyo de millones de personas. Surge de las experiencias vitales, de las historias individuales, de las emociones y las lecturas de un grupo de personas, que debe ser amplio, debe tener elementos compartidos suficientes, pero no necesita ser masivo. Y creo que lo que ocurrió entre 1948 y 1960 hizo que algunos sectores colombianos con capacidad de influencia, de organización, de elaborar un argumento político, al sentirse excluidos, al sentirse ilegales y sin derechos en su propio país, pensaran que la única salida eran las armas. Estos sectores se concentraban en las universidades, y entraron en contacto con gentes con experiencias similares en el movimiento sindical y en los partidos de izquierda.

Mi propia experiencia puede ser ilustrativa. Como ya lo dije, como muchos universitarios o sindicalistas, sabía que vivía en un país que, por una decisión de sus dirigentes, había decidido que yo no tendría, durante 16 años, derecho a elegir o ser elegido. Podía, por supuesto, votar por un liberal o un

conservador, o por alguien que se camuflara como conservador o liberal para ser candidato. Sin embargo, tenía conciencia de que el régimen era en muchos sentidos liberal, una democracia. Por eso me parecía absurda la idea de una revuelta armada: la guerrilla triunfa contra las dictaduras, como había ocurrido en Cuba o en China. En un país en el que uno podía, mal que bien, sacar periódicos contra el gobierno, organizar partidos de izquierda y tratar de promoverlos, hacer manifestaciones aunque muchas fueran ilegales por el permanente estado de sitio, la idea de que una parte importante de la población se iba a poner al lado de un grupo armado me parecía delirante. Me afilié entonces a un grupo que promovía el socialismo y la revolución, pero que, a diferencia del Partido Comunista o de los grupos pro chinos, no tenía en su ideología ninguna afinidad por la lucha armada. Durante dos años, entre 1962 y 1963, estuvimos tratando de organizar grupos de estudio, sindicatos, organizaciones políticas locales, publicando revistas y libros marxistas y periódicos estudiantiles y de agitación, pensando que podríamos convencer a las masas de que el socialismo era lo que convenía al país. No sabíamos cómo podríamos llegar al poder: algunos dirigentes creían que los riesgos de una dictadura militar eran grandes, y que la dictadura daría posibilidades inesperadas. Otros confiaban en que las crisis económicas producirían el ambiente para un colapso definitivo del Frente Nacional. Otros pensaban que cuando pasaran diez y seis años tendríamos nuestra oportunidad. Nuestros militantes, sin embargo, no parecían dispuestos a esperar. Descubrimos, un poco sorpresivamente, que casi todos los militantes de base, los estudiantes universitarios, los miembros de los sindicatos urbanos y campesinos, eran partidarios de la acción inmediata, y esta no podía ser sino la lucha armada. Pronto nos dimos cuenta de que, si el partido seguía existiendo, muchos de sus organismos, lo aprobáramos o no, iban a empezar a seguir el ejemplo de los otros grupos y lo que creían que debían hacer. Después de recibir varias propuestas muy elaboradas de organizar atentados terroristas en varias ciudades, y de secuestrar terratenientes, decidimos que lo único sano era disolverlo, y así lo hicimos. Creamos una organización de intelectuales, con la idea de mantener las revistas y los grupos de estudio del país, pero esto no duró mucho.

Durante los siguientes quince o veinte años no participé en política, aunque a veces escribí contra las visiones del país que desconocían la existencia de un régimen político liberal y, aunque restrictivo, democrático. Cuando el Frente Nacional terminó volví a afiliarme a un grupo que quería hacer un partido de izquierda democrática, que buscara una sociedad más igualitaria, pero defendiera los valores de la tradición liberal y democrática, y que por supuesto, rechazara la lucha armada. Se llamaba FIRMES. Lo dirigía Gerardo Molina, cuya coherencia en esta posición había sido total. En el congreso de formación del partido un respetado dirigente de la izquierda propuso que en nuestro manifiesto expresáramos nuestra solidaridad con los guerrilleros: la propuesta fue derrotada. Entre 1978 y 1980 participé en este grupo, pensando que era posible un partido de izquierda que creyera en la democracia, las elecciones, las libertades civiles. A pesar de todo lo que dijéramos, sin embargo, nuestra militancia no se convencía: las torturas hechas por el ejército, los

allanamientos arbitrarios, la represión al sindicalismo, los asesinatos selectivos, alentaban a los que alegaban que no vivíamos en una democracia. En un momento dado llegué al convencimiento, sorprendente, de que la mayoría de nuestros simpatizantes tenían su corazón en otra parte y creían que, como Colombia no era una democracia, lo que había que promover era la revolución armada. Y lo que era peor, que muchos de los miembros de la dirección del partido habían llegado a esa convicción y estaban apoyando ya, en forma clandestina, al M- 19. Todavía no logro explicarme muy bien la impaciencia de nuestros simpatizantes ni que los atraía de la lucha armada, cuando toda la argumentación de FIRMES era a favor de la democracia. Pero el hecho es que la idea de que la única salida era armada sobrevivió al fin del Frente Nacional, a las reformas constitucionales de 1968, que abrían un poco las llaves de la participación, y a la primera elección abierta de presidente, en 1974. Y la alimentaba, más que las prédicas en favor, que a nadie convencían, la experiencia de esos diez y seis años de exclusión, y la reiteración de formas de autoridad y el poder que recordaban esa época incómoda.

Esta historia personal puede servir para replantear el problema del impacto del Frente Nacional sobre la historia reciente. Creo que es injusto atribuirle los problemas que ha enfrentado Colombia en los últimos años, y sobre todo, increpar a sus creadores no haber visto las consecuencias remotas e indirectas del modelo.

La restricción de la acción política, cuando se impuso, no parecía afectar a mucha gente—el 98% de los electores votaba liberal o conservador—; sin embargo, resultó inesperadamente costosa. Y es que, en realidad, fue algo inesperado, aunque algunas personas lo pronosticaron. Creo que no se podía pensar razonablemente que, en un país en el que el plebiscito pasó casi por unanimidad, los individuos que estaban en contra llegaran a ser significativos. Esta minoría ganó relevancia después, por varias razones. Algunas son, me parece, culturales. El vínculo de los jóvenes de clase media y alta con los partidos tradicionales se debilitó bastante durante la dictadura y los que llegaron a la adolescencia entre 1950 y 1960 descubrieron, al caer el régimen militar, un mundo nuevo. En 1957 y 1958 Colombia redescubrió el liberalismo y la democracia, pero la sexualidad hedonista, el liberalismo, el comunismo, el cine de la nueva ola, el rock, Cuba, la pintura moderna, Fernando Botero, García Márquez... Los años de comienzos del Frente Nacional fueron de grandes cambios y esperanzas. El gobierno prometía superar los años terribles que se habían vivido, los años de represión y de persecución política, y ofrecía un gran progreso social, sobre todo a los campesinos: la reforma agraria, apoyada por la Alianza para el Progreso, pronto daría tierra a los campesinos y eliminaría la mayor fuente de injusticia y conflicto. Y esa promesa se bloqueó en buena parte por el arreglo institucional: el frente nacional era un sistema incapaz de hacer reformas fuertes.

Esto nos trae al tema central de esta conversación: los límites del poder durante el Frente Nacional. ¿Cuáles eran esos límites? Creo que el poder que quería lograr Alberto Lleras con el pacto constitucional entre liberales y

conservadores era esencialmente para recuperar la democracia y salir de la dictadura, para restablecer una continuidad con el pasado democrático del país, al tiempo que se resolvían los problemas de violencia. Esto implicaba unas restricciones temporales—Lleras siempre las vio así—que deberían preparar al país y conducirlo hacia una participación cada vez más democrática. La meta era recuperar la democracia, en primer lugar, y en segundo lugar ampliarla y animarla con un fuerte aliento reformista, al menos en la visión del Lleras de 1958, en la de muchos liberales y en la de unos cuantos conservadores.

Ese intento de recuperar la democracia era la base del acuerdo del Frente Nacional. Tuvo que ver también con un elemento central del diagnóstico: la idea de que la violencia se hacía en gran parte para garantizar para el propio partido el disfrute de la burocracia. Por eso, estaba ligada en cierto modo a los momentos en que un partido llegaba al poder. Aunque Colombia vivió en paz relativa de 1903 a 1947, hubo un esbozo de violencia en 1931 y 32, con un número de homicidios que hoy se dan en un fin de semana en el país, pero que se vio como resultado de la transición al gobierno liberal. Con esta experiencia, desde 1946, el Partido Liberal, que había perdido la elección al dividirse, tuvo la sensación de que el conservatismo iba a hacer todo lo posible para impedir su triunfo en 1950, y la historia de 1948 a 1950 muestra que no estaba muy equivocado. Por esto, Alberto Lleras parece haber visto que una condición para regresar del todo a la democracia era sacar el nombramiento de los funcionarios administrativos de los azares electorales: si las elecciones no iban a determinar quienes iban a ser los burócratas, no nos mataríamos ante el riesgo de perderlas. Por eso, uno de sus temas obsesivos era el de la carrera administrativa. Y por supuesto, como siempre, se hizo la ley respectiva, que creó la carrera, aunque realmente la idea no se aplicó en serio.

Otro de los objetivos importantes de la recuperación de la democracia era sacar al ejército de la política y, de cierta manera, se logró bastante bien: en Colombia el riesgo de golpe militar ha sido prácticamente inexistente, aunque el ejército no resultara tan digno e impecable como se quería.

Había además consenso en que para tener una democracia real había que introducir reformas y cambios profundos. Era preciso sacar al campesinado de su atraso y opresión inmemoriales, de las que tanto habló Alberto Lleras en sus discursos de los años cuarenta. Para ello era necesaria hacer una reforma agraria y dar educación a todos los campesinos. E incluso, a pesar de la hostilidad de algunos sectores, había la voluntad de devolver al sindicalismo, al menos el urbano, su fuerza y su autonomía, perdidas desde 1949.

Sin embargo, el reformismo social estuvo acompañado siempre de grandes prevenciones y temores. Algunos presidentes lo intentaron con toda energía, pero terminaron siempre derrotados. Basta recordar los intentos de Carlos Lleras Restrepo, por ejemplo, para impulsar crear una organización de usuarios campesinos, que se planteaba como la primera organización rural masiva.

Los temores se apoyaban en imágenes de caos y catástrofe: el miedo a la explosión popular, que quedó como herencia del 9 de abril de 1948, y los temores al desorden, a la participación popular, a la agitación pública, a la falta de poder del presidente para mantener el orden. Por eso el ordenamiento constitucional reafirmó, en el Plebiscito de 1957, que no podía hacerse ninguna reforma constitucional sino a través del congreso, y a lo largo de todo el período se mantuvo vigente el mecanismo que permitía realmente gobernar: el Estado de Sitio, que rigió durante la mayor parte de los 16 años del Frente nacional.

Dentro de este marco relativamente rígido, el Frente Nacional surge como un proyecto reformista, cuyas razones locales se refuerzan con la influencia de la Alianza para el Progreso y del ejemplo de Cuba, pero que se frustra porque hay una contradicción radical entre el arreglo institucional básico instituido para lograr la democracia, la paridad en el Congreso, y el espíritu reformista que animó al Frente Nacional en los primeros años.

Ahora bien, esto probablemente supone evaluar el Frente Nacional por lo que decían sus dirigentes, suponiendo que creían en lo que decían, y por lo que esperaba la población que lo apoyaba. Y es muy probable que en muchos de los dirigentes, sobre todo de los sectores más conservadores, el rechazo al reformismo fuera grande desde el comienzo. Pero este es un problema muy difícil de abordar hoy.

Lo que me parece claro es que todas las propuestas reformistas que superaban el consenso mínimo, el mínimo común denominador de los dos partidos, tropezaban con la capacidad de freno de los grupos opuestos a ellas. Esta capacidad se expresaba en primer lugar en el congreso, que sólo aprobaba los proyectos cuando se les había quitado su fuerza, o los llenaban de condiciones que hacían su aplicación imposible, o si, por el peso momentáneo del poder del presidente y su ocasional capacidad de usar las divisiones en el otro partido para sacar adelante un proyecto difícil, se aprobaba algo drástico, la aplicación posterior, en una burocracia paritaria, se encargaba de hacerla inocua.

La paridad dio al legislativo un extraordinario poder, aunque limitado: creo un camino para que los parlamentarios obligaran al ejecutivo a una transacción permanente. Nada se aprobaba sin un proceso de negociación largo y costoso, que usualmente se pagaba en favores políticos. De este modo, el arreglo paritario promovió un sistema en el que el clientelismo político sustituyó gradualmente la discusión de las propuestas políticas, pues lo que hacía que un proyecto se aprobara era lograr, mediante el nombramiento de amigos y el apoyo a proyectos de interés local, el voto de cada uno de los parlamentarios. Poco a poco, el legislativo colonizó el ejecutivo, pero una colonización que debió pagar dejando toda la iniciativa política a los presidentes, que se reservaban si acaso algunos sectores favoritos (el manejo macroeconómico, por ejemplo) en los que actuaban con relativa independencia y que además legislaban, cuando lo necesitaban, recurriendo al estado de sitio.

Por su parte, el Congreso, en estas condiciones, no es un legislador eficiente. En vez de legislación que enfrente los problemas de fondo del país –que cuando se vuelven urgentes se resuelven concediendo facultades extraordinarias al ejecutivo- el congreso se dedica a cambiar las reglas de juego en forma continua: la constitución se reformó con frecuencia, pero sin que los cambios tuvieran mucho impacto, y muchas de las reformas se concentraron en temas electorales.

El caso de la reforma agraria es ilustrativo de este conjunto de problemas: la reforma se aprobó en 1961, con cierta timidez pero con el apoyo muy enérgico del presidente Lleras Camargo. Ante la actitud del presidente Valencia, que simplemente la ignoró, se volvió a aprobar, reformada, en 1968, en buena parte por la decisión del presidente Lleras Restrepo. El juego de transacciones y concesiones llevó a una reforma con algunas audacias y mucho trámite, sujeta a un control judicial que le quitaba toda fuerza, y los intentos de aplicarla despertaron la resistencia de fondo del conservatismo, que la enterró para siempre en el gobierno de Misael Pastrana.

Lo que logró el Frente Nacional, en el campo político o social, fue siempre el resultado de políticas relativamente silenciosas del ejecutivo, que poco se discutían en el Congreso. Fue por esta razón que las reformas eficaces del Frente Nacional fueron las que no pasaron por el Congreso. En el 68, por ejemplo, Carlos Lleras modificó mucho, usando facultades extraordinarias, la estructura del Estado, creando una serie de instituciones que cambiaron la administración pública: Colciencias, Colcultura, el ICBF y muchas más. Fue una de las pequeñas guerras del ejecutivo contra el clientelismo producido por el arreglo paritario, que no terminaban en victorias claras. Los éxitos de Carlos Lleras los cobraron después, con mucha fuerza, los políticos incómodos por el presunto auge de la tecnocracia.

Probablemente el cambio social más grande que ha tenido el país en los últimos cincuenta años, como resultado de la acción pública, es la mejoría en los niveles educativos de la población. Todavía en 1951 la gran mayoría de los colombianos era analfabeta; hoy en día el analfabetismo ha sido erradicado casi por completo. Y esto tiene consecuencias políticas notables. Hoy es mucho más difícil cometer y mantener las arbitrariedades que se cometían y mantenían escondidas hace un tiempo, pues la educación ha creado un espacio público, ocupado en parte por los medios de comunicación, que tiene cierto poder de control sobre la política. El interés que le prestaba Alberto Lleras era grande, y entre los 14 artículos del plebiscito puso uno que dedicaba el 10% del presupuesto a la educación, y sin duda los gobiernos del Frente Nacional hicieron posible esta revolución callada, pero creo que el tema casi nunca se discutió en el Congreso. Fue posible porque fue el resultado de la gestión diaria y silenciosa, y no una reforma visible del gobierno. Y es importante recordar que éste fue un proceso que se dio en toda América Latina, con impacto similar.

Otro cambio central fue el cambio de situación de la mujer. También el plebiscito de 1957 anunció esto, al darle el voto. Pero el cambio gradual que tuvo lugar ocurrió fue gran parte por fuera del mundo de la política. Reforma agraria, educación, emancipación social de la mujer, eran algunas de las obsesiones de Alberto Lleras. Lo que requería apoyo político no pudo hacerse y lo que se logró fue el cambio social gradual o, como en el control de natalidad, casi clandestino.

Y esto es así, porque los gobiernos del Frente Nacional, a pesar de que en el papel estábamos en un régimen presidencial, con mucho poder para el presidente, fueron de hecho muy débiles. El presidente estaba maniatado y tenía que estar transando constantemente con el legislativo, buscando acuerdos, negociando, ofreciendo favores para lograr las leyes que le garantizaban algo de gobernabilidad, la reforma tributaria urgente, la modificación del régimen de los funcionarios públicos, etc. El desgaste de gestión para cada uno de los presidentes fue enorme. Por eso, poca relación hay entre los programas con que llegaban al gobierno y lo que hacían: acababan desarrollando el programa oculto del clientelismo, cuidando la casa de los incendios fiscales o económicos, y, en el caso de los más brillantes y poderosos, imponiendo dos o tres proyectos favoritos, que los presidentes siguientes se encargaban de desbaratar.

A continuación, voy a enunciar algunas de las cosas que el Frente Nacional prometió hacer y no logró materializar:

1. No hubo manera de salir del Estado de Sitio. Las condiciones de anormalidad legal se mantuvieron de manera permanente. El Estado de Sitio se volvió una cosa anodina, banal, irritante y permanente.
2. No se logró ordenar la burocracia. A pesar de que se avanzó un poco con la reforma administrativa de 1968, el sistema terminó dividiendo el Estado en algunas entidades de alto nivel, manejadas con independencia del compromiso político, con funcionarios profesionales, y una gran mayoría de agencias entregadas a la gestión indirecta de los parlamentarios, diputados o concejales, con funcionarios precarios y temporales.
3. No se reformó el sistema judicial. El sistema judicial colombiano no funciona; funcionaba más en 1958, me parece, que en la actualidad. El sistema penal colapsó durante el Frente Nacional y aún hoy está todavía muy lejos de arreglarse. Los demás sistemas son lentos, formalistas y muy costosos. El problema no es de independencia o calidad de los jueces, sino de gestión y eficiencia, y es probablemente el sector peor administrado del país. El ejército operó como un mecanismo legal paralelo con consecuencias bastante dramáticas que sobrevivieron al Frente Nacional.
4. El manejo presupuestal y la contratación pública fueron gradualmente entrando en niveles cada vez mayores de corrupción, como resultado de la presión clientelista, y para preverlos se fue entregando su control



cada vez más a organismos de vigilancia externos y muy ineficientes: las normas se fueron haciendo más y más complejas, y a medida que había más controles, más crecía la corrupción.

Para terminar, quiero citar dos textos de Alberto Lleras que me parecen ilustrativos. En sus *Memorias*, dice:

*Creo haber conseguido que la batalla feral que se inició en la República desde los tiempos del Presidente Márquez, entre los dos partidos políticos, el liberal y el conservador, llegará a ser por último civilizada, respetable y sin ingredientes de odio y venganza. Sin embargo, en estos últimos dieciséis años se perdió el aliento y la dirección de los grandes principios que conformaron a Colombia.*

En 1981, Alberto Lleras pronunció dos discursos—que son de alguna manera su testamento político—bastante actuales. Uno de ellos dice:

*Primero, hay que hacer más elecciones: esta cosa de estar restringiendo las elecciones es un error. Hay que hacer más elecciones, un liberalismo activo y resuelto debería aumentar el número de oportunidades para que el pueblo intervenga en sus destinos. Se me ocurre que sería conveniente establecer sistemas que le permitan no solamente intervenir en elecciones de funcionarios públicos, sino también de los candidatos, de los partidos.*

Después de esto propone introducir mecanismos plebiscitarios, referendos, lo que aumente la participación popular. Todo eso para enfrentar el problema de la abstención: en las elecciones de 1978 hubo menos votos que en las de 1958, a pesar de que la población se había duplicado.

En estos días se ha discutido mucho sobre la conveniencia o inconveniencia de reelegir al Presidente de la República, pero se discute por circunstancias personales y accidentales de la coyuntura política. Lleras, aunque creía que el Frente Nacional había sido útil, conveniente y necesario, se convenció de que su impacto institucional había sido dañino, en la medida en que había dejado en pie el peor de los desordenes, el refuerzo sin límites del presidencialismo, pues “no hay un desorden más grande que la institucionalización de la monarquía dentro de un régimen aparentemente liberal y con un disfraz de democracia organizada”. En un esfuerzo para “endurecer artificialmente al gobierno para que soporte los embates de la opinión descontenta dentro de un periodo prefijado” el país se había precipitado “gradualmente a la monarquía dictatorial y a la irresponsabilidad del Congreso”.<sup>1</sup> El diagnóstico parece todavía apropiado.

Jorge Orlando Melo

---

<sup>1</sup> El primero de estos discursos fue en la Sociedad Económica de Amigos del País. El segundo en Medellín, y puede consultarse en <http://www.jorgeorlandomelo.com/bajar/lleraspartidoliberal.pdf>.

Bogotá, 2010.

Texto leído en el Seminario “50 año de regreso a la democracia – Nuevas miradas a la relevancia histórica del Frente Nacional”, Universidad de los Andes, Escuela de Gobierno Alberto Lleras Camargo. 2010.